

LAS VIRTUDES HUMANAS EN LA FORMACIÓN VOCACIONAL *

Por ANTONIO GARMENDÍA DE OTAOLA

Es imprescindible poner en el frontis de este estudio el problema histórico que afecta a las “virtudes”, su esencia y sus cambios. Conocemos el efecto histórico de la variación de las virtudes al correr de los años, que comprende: el descenso en la comprensión de ciertas virtudes, el cambio en la comprensión de la palabra “virtud”, el surgir de nuevas virtudes y la tarea de una fenomenología de las virtudes. Para estudiar la esencia de la virtud recurrimos a las tres ramas de la Ética, al concepto de virtud, los sistemas de virtudes, el punto de partida fenomenológico-histórico-ético.

Introducción

Todas las manifestaciones de la vida cambian, de manera que no hay en ella nada fijo y estable a lo que uno pueda atenerse de una vez para siempre. Continuamente es aventado lo anterior por lo siguiente, como la noche por el día, una semana a otra, un año a otro, la muerte a la vida... Claros fenómenos de esta variación son, entre otros: la moda, el uso y desuso de nombres propios, modismos y refranes, el arte, la metología general, los sistemas docentes, la técnica; el lla-

* El P. Antonio Garmendía de Otaola, S. I., ha muerto en este mes de enero. Colaborador asiduo de nuestra revista, con frecuencia nos enviaba sus trabajos recientes. Este artículo, precisamente, fue el último que nos remitió, a finales del pasado año 1970.

mado “progreso” es la sucesión de ideas, técnicas y puntos de vista. El fenómeno es más grave cuando el cambio trasciende a las valoraciones morales, a las actitudes morales últimas, en lo que se designa con el concepto de “virtud”; cuando se debilita y pierde lentamente la comprensión de ciertas virtudes básicas, tradicionales; cuando se matizan de otra manera las definiciones dadas, las aplicaciones a la vida, el mismo concepto filosófico, ético-moral de sensatez, sabiduría, humildad, justicia, modestia, magnanimidad... ¿Qué se entiende hoy por hombre “humilde” o “modesto” o “sabio” o “valeroso” o “pobre”? Cualquier encuesta proporcionaría desagradables sorpresas, producto de la ignorancia y de la evolución de las ideas, del olvido o preterición de lo cotidiano, popular y humano. Muchas veces no podremos determinar con evidencia si adelantamos o atrasamos. Y, lo que es más lamentable, es constatar cómo la comprensión de ciertas virtudes se pierde en la medida en que declina el mundo espiritual que las sostiene. En este sentido existe, p. ej.: un lenguaje cristiano tradicional, que hoy es para muchos sencillamente incomprensible, no sólo su aplicación a la coyuntura concreta, sino el concepto mismo interno. Se entienden de diversa manera. Más aún: la comprensión de ciertas virtudes, largo tiempo tradicionales, se pierde; las virtudes conforme a las cuales modelaron su vida, pensar, querer, amar y obrar las pasadas generaciones han perdido su fuerza de convicción. Y, por fuerza de la historia, tales variaciones morales seguirán con la doble vertiente: de lo bueno y de lo no bueno.

El concepto mismo de virtud ha sufrido clara desvalorización y disolución. ¿Qué significa “virtud”? Muchos se resisten a ser cualificados como “virtuosos”, rechazan casi instintivamente ser tenidos por tales, como se resisten a considerarse “obedientes”, “súbditos”, “pobres”..., naturalmente las razones de tal fenómeno son profundas y variadas. Creo que, al menos en parte, radican en la palabra misma, que parece haber perdido su fuerza alentadora, la que ha tenido, con diversos matices, en épocas pretéritas, como “areté”, “virtus”, “virtuo-

sidad", "caballerosidad", hasta ser en los siglos XIX y XX, como consecuencia de la falsa Ilustración, algo meramente postizo y exterior, lleno de suspicacias y formulismos.

Paralelo a este fenómeno histórico ampliamente comprobado del descenso y cambio en la comprensión de la palabra "virtud" y de su contenido comprobamos el fenómeno opuesto; también ocurre que del inagotable fondo de la historia y de las costumbres surgen a la continua virtudes nuevas o aplicaciones nuevas, y hoy, como antaño, se producen nuevas virtudes que satisfacen necesidades especiales y hodiernas. Casi siempre crecen calladas e invisibles, discretamente; muchas veces recogen viejas palabras conocidas, usándolas con un sentido nuevo, o un nuevo matiz, a veces imprevisto; p. ej.: "camaradería", "limpieza", "colaboración", "grupo", "servicio", "amor", y otras que han perdido la altisonancia muchas veces sospechosa, a menudo hueca y falaz, aunque siempre, en el fondo, corra silenciosamente lo necesario y propio de la palabra.

Este cambio y esta variación de las virtudes existe; mas no significa una caprichosa relativización o, en definitiva, una negación de las virtudes, podríase decir, con mayor exactitud, que hay un núcleo de actitudes humanas fundamentales que tienen que ser realizadas en las distintas situaciones de la historia, y que adopten, en consecuencia, figuras distintas correspondientes del hombre, ambiente y destino. No es posible captar ese núcleo de virtudes fundamentales. Para definir las se precisa conocer cómo hoy se practican y se nombran, observar sus mutaciones, sus aplicaciones hodiernas, la diferente manera cómo la utiliza la generación joven... y verlo y juzgarlo con serenidad (ya que no todo está perdido en este campo); con criterio amplio, sin estrecheces de espíritu, evitando lo mismo la supervaloración como la infravaloración unilaterales. Si es difícil definir la "virtud" más difícil es reconstruir la historia de sus variaciones, como hecho fenomenológico. Puesto que tratamos del doble binomio "virtud-vocación", "virtud-vida", debemos conocer con exactitud la vocación que

hoy se vive y las virtudes que hoy se requieren y cómo hoy se practican, como una característica, una cualidad, un rasgo, un tipo, un camino... En Educación no se puede prescindir de la vida del educando y del mundo en que habita; de sus recuerdos, posibilidades, sueños e ideales... Tenemos una gran dificultad para determinar las virtudes humanas en la formación vocacional... que reside no menos en el cambio del siglo hablado, como en la inferencia y categorización.

Hay todavía otra dificultad, a saber: definir la *esencia de la virtud*. Ello es tarea de la Ética (o Filosofía práctica), de la Caracterología, Psicología, Filosofía..., cada cual según su peculiar punto de vista; mas todas despiertan la responsabilidad y demuestran las distintas posibilidades del nombre para cumplir la doctrina de los bienes, de las virtudes, de los deberes.

La formación del concepto "virtud" ha seguido rutas diversas, aunque convergentes en la meta. Tenemos conciencia del "deber"; de que nuestras obras pueden ser "buenas" o "malas", es decir, "virtudes" o "defectos", y recargando los colores, "vicios". Eisler en su *Diccionario de los conceptos* caracteriza a la virtud, según la concepción corriente, como: "dirección constante de la voluntad hacia lo moral". Igualmente general es la definición platónica: "capacidad de alma para su propia obra". Kant escribirá que en el hombre la virtud "debe surgir continuamente del modo de pensar". El hombre acredita sus virtudes en sus acciones y sólo en ellas pueden conocerse sus virtudes, empero éstas no son propiedades de las acciones particulares, sino algo que se conserva a lo largo de una serie de acciones como un rasgo igual y concreto. Aristóteles para precisar este pensamiento usó el concepto exacto de "*hexis*", es decir: *actitud, condición, constitución*. En consecuencia la virtud significa una constitución o condición general del hombre que trasciende la acción particular. No existe por naturaleza, sino por adquisición, por un expreso y especial esfuerzo; significa rasgos de ser que el hombre mis-

mo se crea, libremente, sin cobardía, con ejercicio, caminando...¹.

No es preciso acá exponer los sistemas que se han construido para clasificar las virtudes, ni desarrollar el punto de vista histórico y ético de la virtud. El punto de vista fenomenológico, abierto a la multiplicidad de los datos, se acerca a la realidad sin esquemas constructivos (así debiera ser); sólo así se podrá conocer cada virtud, si hay o no sistema cerrado, si existe rango entre las virtudes, las posibles interferencias, lo que representan en la Humanidad y en cada hombre. Porque, en definitiva, cada virtud incide inmediatamente en el ser del hombre. En esto estriba el valor insustituible de cada virtud. Y es necesario conocer al menos este problema de base para luego aplicar con alguna probabilidad el concepto y la realidad de "virtud" en la Educación y en la Psicología, en la vocación y orientación profesional.

Con sencillez dice Aristóteles en la *Ética a Nicómaco*: "de las acciones iguales crece la *actitud fija*. Por eso debemos comunicar a nuestras acciones un determinado carácter de valor (literalmente: una determinada cualidad), pues, si se configuran conforme a ella, resulta la correspondiente actitud fundamental fija. Que nosotros nos formemos desde la juventud en ésta o en la otra dirección, no importa, pues, poco, sino mucho y hasta todo". Mas... ¿cómo puede el hombre formar

¹ Los sistemas para unificar o clasificar las virtudes son muchos desde Platón (De República), pasando por la doctrina cristiana, la filosofía escolástica, la Ilustración y el pensamiento kantiano. Dan la sensación de haber sido prefabricadas algo *a priori*, suponiendo que el hombre "es-así" o "debe-ser-así", y en consecuencia necesitará tres, cuatro, cinco virtudes fundamentales. Platón señaló tres ordenadas a cuatro virtudes cardinales: tres de ellas a las tres partes del alma por él distinguidas: sofrosine, andreia, sofía y otra superior y responsable del equilibrio de aquéllas, la dikaiosine. El cristianismo añadió tres virtudes cardinales o teologales: fe, esperanza, caridad. En el siglo XVII Geulinx enumera cuatro: diligencia, obediencia, justicia y humildad; Schleiermacher la sabiduría, amor, prudencia y fortaleza, que cree poder deducir conforme a su pensamiento dialéctico de dos pares opuestos: intención-práctica, conocer-representar. Pascal se ocupó más de una vez de esta partición de la "virtud" y trató con cierta sorna del afán de muchos filósofos y teólogos, más teóricos que observadores,

sus virtudes?, se pregunta O. F. Bollnow. Pues el hecho de que el hombre produzca sus virtudes en cuanto ser libre y sea responsable de ellas no significa que deba proponérselas como fin y meta de su voluntad. Al contrario, se repite aquí, lo que Max Scheler destacó en su *Ética* respecto al valor del bien; que sólo puede formarse “a espaldas de la acción”. No se puede tender a las virtudes en cuanto tales, sino que ocurren sin darse cuenta, y sin quererlo, sólo cuando el hombre, olvidado de sí mismo, tiene ante la vista su meta moral. Cuando el hombre intenta proponerse una virtud como una parte de su propia perfección, comete una fatal inversión de su ser intencional y se desarrolla en él una especie de narcisismo ético. No se puede “querer” ser virtuoso. No se puede, p. ej.: querer ser valiente, para sentirse héroe. Tal propósito no se mantendría ante el peligro. Uno sólo puede dedicarse fijamente ante la vista el fin y no la propia valentía. Lo más que se puede hacer en tales situaciones es rechazar consiguientemente la tentación de cobardía. La voluntad moral, por tanto, se dirige siempre al fin respectivo; y las virtudes son en cierto modo el sedimento depositado en la repetición de un comportamiento moral humano, la forma interna que se va alumbrando involuntariamente en esa repetición de actos, o dicho con una metáfora: el sendero se hace andando. A. Machado lo dijo con exactitud y poesía: “¡Caminante! no hay camino... Se hace camino... al andar”.

Las *virtudes son, pues, valores del hombre*, que le llevan a tomar una cierta *actitud* (hexis), luego a desarrollar las fuerzas personales, que le son precisas, por medio del conocimiento y del ejercicio, y así llegar a la plenitud, a la madurez. Por consiguiente le ayudan a realizar su destino; le forman para seguir su vocación; le preparan para una profesión. La virtud enseña a cada cual que lleva dentro de sí una mina de oro, cómo puede explotarla, cómo beneficiarse al máximo, cómo servir más y mejor a los demás.

Estas ideas nos abocan al tema propuesto: las virtudes humanas en la formación vocacional, según lo tratan la Pe-

dagogía y la Psicología. Lo expondremos en dos acápites, que son *a*) integración psíquica y virtud: elementos de una psicología de las virtudes humanas. *b*) Actuales orientaciones en la Educación de las virtudes humanas.

1) *Integración psíquica y virtud*

El fenómeno biológico “integración personal” tiene *suma importancia* para la madurez del hombre, como elemento esencial de unificación dinámica y jerárquica de todas las tendencias, capacidades, cualidades..., y como fundamento válido, necesario e imprescindible de la virtud humana. Las disposiciones personales, entre ellas la virtud, no pueden ser comprendidas sino en el marco del proceso de la integración de la personalidad. La maduración personal, en su complejo, se realiza en tres estadios: globalismo, diferenciación, integración. Usamos acá la palabra “integración” para indicar que las varias habilidades, tendencias, conocimientos..., pertenecen a una estructura de suerte que ninguna es modificada por la presencia de la otra, y que tal estructura está ordenada jerárquicamente, a pesar de que a veces pueda parecer alguna más central, más importante para la vida del sujeto, para su realización concreta, o al servicio que pueda rendir.

La integración *se realiza en varias dimensiones*, siendo éstas las principales: 1) dimensiones individuales transversales: toda estructura particular: cognoscitiva, operativa, tendencial, afectiva no actúa aisladamente, sino colegiada y condicionadamente con todas las demás disposiciones actuales; 2) dimensiones individuales longitudinales: la estructura presente pertenece a un continuum biográfico y a una existencia que tiene sus raíces en el pasado y su apertura en el futuro. Memoria y esperanza. Memoria e imaginación; 3) dimensiones sociales: muchas estructuras personales están sostenidas o valoradas por el intercambio con otras personas, como centros de conocimientos, tendencias, actividad libre, como lo es el mismo

sujeto. El encuentro social da variedad, riqueza, amplitud, horizontes; 4) dimensiones existenciales: cada estructura está enlazada, de una manera más o menos directa y estrecha, con el interrogante metafísico: ¿Qué sentido tiene mi vida? ¿Qué sentido tiene la realidad en su conjunto y cuáles son mis relaciones particulares con ella? Con este paradigma ante los ojos definimos la integración psíquica como el proceso por el cual, según la estructura individual de cada personalidad, se coordinan y unifican todos los aspectos de la vida psíquica por la realización de uno o varios ideales generales.

La integración psíquica encierra un significado moral, mas no coincide necesariamente en el concepto de "virtud". Una persona es virtuosa porque está integrada al derredor del reconocimiento de los valores morales. No se puede tener virtud sin integración psíquica, que es el proceso psicológico dentro del cual se realiza la virtud. La virtud es orden, valoración habitual, "connatural", de cada acción, es deseo, información a la luz de la personalidad total, social, existencial; es una interpretación de lo episódico, momentáneo, fugaz; de lo actual a la luz de los principios y de los fines generales de la existencia. La percepción y la realización de un significado en la vida de todos los días se verifica sólo con una llamada al sentido total de la propia vida.

Hay un proceso peculiar de la integración, aunque no es unívoco ni monolítico; se verifica en cada caso según el "estilo de vida" de cada cual. Se hace a base de lo cognoscitivo o de lo afectivo o de lo temperamental, caracterológico, circunstancial... Con Gordon W. Allport y la mayoría de los psicólogos damos una breve síntesis de las llamadas "disposiciones centrales" de la integración. Son: a) realidad de sí, conocimiento objetivo de los demás, contacto directo con todo lo demás. Saber pasar del Yo al no-Yo, relacionarse con el Otro, con el Tú, sean personas, cosas, acciones, ideas, sentimientos... Es decir, *pasar de la fantasía a la realidad*, fomentar la conciencia realística, conociendo la realidad "integral" y jerárquica, y caminando no hacia ilusiones y tras ves-

tiglos, sino hacia metas concretas. *b)* El proceso de la integración *va de la reactividad a la proactividad*. La conducta reactiva es esencialmente estática y, por lo mismo, renunciadora. La actividad proactiva es la que busca algo mejor, previsto, con intención tenaz, como previsión inteligente y buscadora de lo mejor. Normalmente la persona proactiva difícilmente será unitaria, íntegra; sin embargo, lo puede ser la que va directamente tras la formación de sí mismo, a su calidad. Con la edad, la madurez, su dirección y proyección va normalmente de la re-actividad a la pro-actividad, de la impulsividad a la intencionalidad o tensión hacia un futuro personal mejor. *c)* La más importante realización de la adquisición proactiva es la constitución de un *proyecto de sí mismo* y de un *estilo de vida*. El individuo se hace de antemano y con pleno conocimiento y responsabilidad lo que quiere ser, la meta que quiere conseguir. Y, al mismo tiempo, da a toda su vida un sello personal, un significado, una ruta, una finalidad... Será, como dice Baltasar Gracián: “un hombre en su punto”.

Hemos visto los componentes y principales dinamismos de la integración psíquica; veamos ahora *las condiciones y las virtudes con relación a lo psíquico*. Brevemente diremos, pues ya está suficientemente indicado; las condiciones psicológicas, los antecedentes necesarios para toda labor educativo-formativa son: la maduración psico-física, la colaboración de la educación e instrucción en todos sus factores, la formación intelectual, principalmente filosófica, y el trabajo personal, consciente y voluntario del que quiere ser algo.

Las *virtudes humanas* (virtud, maduración) que todo hombre requiere para ocupar un puesto digno en el mundo, realizar una vocación, practicar una profesión se pueden sintetizar así: integración personal como condición psicológica para pretender la virtud; conocer todas las posibilidades y opciones que se ofrecen a su vocación y profesión, hacer una orientación vocacional-profesional adecuada, ser realista, ejercer esa virtud del realismo, serena y crítica consideración de las personas, de

los hechos, del futuro próximo, y, finalmente, alimentar una esperanza de triunfar en la vida y ganar el futuro para sí y para su familia y conciudadanos. Debemos preparar el éxito y conquistarlo con sudor.

2) *Orientaciones actuales en la educación de las virtudes*

Lo que antes se llamaba “virtudes humanas”, “virtud”, hoy se dice: “madurez humana” no estática, sino dinámica. El desarrollo o progreso de la virtud se verifica en el campo de la Educación por diversos caminos que tienden a la integración de la persona; a superar el egocentrismo; a mejorar las relaciones interpersonales o sociales. Este desarrollo necesita de ciertas condiciones, entre las que se pueden enumerar: importancia máxima de la experiencia personal; secundar la experiencia de los jóvenes con la ayuda, colaboración, el trabajo educativo y el ejemplo de los mayores; hacer eficientes las instituciones educativas, hacerlas idóneas para que puedan promover, con libertad, la maduración humana de la juventud, las virtudes humanas. Estudiemos los principales aspectos necesarios para asegurar un desarrollo ininterrumpido: progreso hacia la integración personal (relación consigo mismo), progreso que supere el egocentrismo (apertura hacia los valores), progreso profundo de la capacidad de las relaciones humanas (relaciones con el prójimo).

A) Aspectos principales necesarios para asegurar un desarrollo a fondo e ininterrumpido: 1) *desarrollo y progreso hacia la integración personal*; relación consigo mismo, hacia la *adaptación personal*. Tan importante fenómeno se verificará tanto mejor cuanto el hombre (el educando) es guiado en su comportamiento por motivos (valores) conscientes, y cuanto más tome conciencia de la energía y de las motivaciones inconscientes, y trabaje tesoneramente hasta alcanzar integrarlos en su proceder personal y en su comportamiento. Algunos son: a) fortaleza y firmeza de ánimo, dominio de sí mismo;

o, bajo otro aspecto, seguridad y confianza en sí mismo; libertad experiencial (objetiva, lúcida, sin distorsiones o negaciones), percepciones de los valores reales —de los propios límites— de las propias emociones, impulsos, tendencias, motivos... De donde se derivan la progresiva capacidad de aceptación de sí mismo, de la propia realidad y de la propia experiencia; la capacidad de realizar renunciaciones sin sentirse frustrado... b) la suficiente autonomía e independencia; interna, sin impulsos irracionales... Saber tomar decisiones ponderadas; usar rectamente de la libertad, capacidad de tomar iniciativas y de asumir la necesaria responsabilidad sorteando las presiones ambientales. Tal independencia interior es el fundamento de una auténtica obediencia virtuosa... c) otro aspecto que indica madurez y que suele presentarse como expresión sintética personal es el sentido de la identidad personal, es decir, el sentido de la "unidad", de la auto-confianza, auto-estima, de percibir y aceptar el propio status y los propios roles en el ambiente social: verlos, calibrarlos, utilizarlos...

2) *Desarrollo y progreso hacia la superación del egocentrismo*, hacia la *capacidad oblativa* y la *capacidad del amor auténtico*. Por tal se entiende una progresiva orientación de las propias motivaciones a la actividad hacia el prójimo, hacia el mundo de los valores...; "saber dar", "saber darse", ser auténtico; disponer de un juicio recto sobre las cosas, los hechos y los hombres; intención recta; voluntad oblativa de ponerse al servicio de los hombres, de la sociedad, de la Patria, de la Iglesia.

3) *Amplitud y profundidad progresiva de la capacidad de relaciones humanas*. Nos referimos a las "virtudes sociales", que son estimadas por todos y hacen a todos agradables en todas las direcciones; como bondad, sinceridad de ánimo, respeto de la justicia, fidelidad a la palabra empeñada, caballerosidad, solicitud y servicio de todos. También, las actitudes que contribuyen mucho a establecer el diálogo con los demás, como son la cualidad de escuchar a los otros, de abrir el alma, saturada de caridad, a las diversas facetas de la convivencia;

las que hacen posible dar un testimonio ético, patriótico, cristiano... por medio de la estima, respeto, prestigio y amor; demostrarse miembros vivos de la Humanidad dentro de la cual vivimos, de la que vivimos, para la que vivimos, y, finalmente, tomar parte, a pesar de la complejidad de las relaciones, de los intereses, de los negocios..., en la vida cultural y social, religión, servicio, caridad...

Hay otro grupo de cualidades más particulares relacionadas íntimamente con las susodichas, p. ej.: comprensión del lenguaje contemporáneo, conocimiento de los problemas del mundo presente, un adecuado comportamiento frente a la civilización, comprensión y estima de todos los valores humanos. Y, como consecuencia de lo antedicho, habrá que promover la actitud seria y permanente a colaborar con los hermanos, con los amigos y los alejados, a acatar la autoridad, a someterse al mando..., al jefe...

Tal es el cuadro de virtudes o conductas que representan un magnífico grupo de objetivos que debían ser señalados. Todos tienen, empero, una raíz o presupuesto común: la capacidad, remota o próxima, libre de infantilismos y prejuicios, de ponerse en contacto con los semejantes bajo un plano adulto, de mutua aceptación, estima y diálogo; bajo el sol del amor personal auténtico, que presupone una afectividad madura, una sensibilidad equilibrada, inserta en el justo punto de los valores.

La ausencia de equilibrio o madurez en cualesquiera de estos planos, además de producir un desequilibrio (también en los otros), imposibilita y desvaloriza toda relación humana, y, en consecuencia, hace imposible cualquier paso hacia el progreso de la caridad, de la fraternidad, del amor.

B) *Condiciones educativas.* No es factible concretar una metodología válida para todos los tiempos, para todos los lugares y situaciones; por eso bastará dar una síntesis de la formación humana, de la educación. Presentemos algunos temas generales sobre determinadas condiciones metodológicas que se refieren a la formación humana, a la educación, que

son como el denominador común de toda intervención educadora, y la base de toda pedagogía, organización escolar y dirección de una institución docente.

a) *Imprescindibilidad y centralidad de la experiencia.* Tal es el doble aspecto del trabajo educativo: es imprescindible la experiencia, que debe bullir en todo educador; la refleja y libre del joven en lo que atañe a la identidad personal, al auto-gobierno, al auto-desarrollo que debe actuar en las relaciones humanas y regir los valores socio-culturales y espirituales. La experiencia debe estar en el centro de la vida como encrucijada que lleva a todos los caminos...

b) *Dirección educativa de la experiencia.* La educación no es un "laissez faire", no un libertinaje montaraz, sino una guía, una vigilancia responsable, consciente, que sabe dar libertad, preparar coyunturas de actuación libre, corregir severa y paternalmente... Experiencia "educadora", la que educador y educando alientan en un solo y alto sentido. Experiencia que existe siempre entre educador y educando; relaciones interpersonales, satisficentes, agradables, proporcionalmente responsables...

c) *La estructura educativa del ambiente educativo.* La Escuela, el Colegio, la Universidad, el hogar..., deben ser organizados de manera que lejos de perjudicar el desarrollo del joven, lo favorezca. Por eso la organización pedagógico-educativa de un Centro debe ser tal que promueva en los educandos, dentro de un clima de libertad, un desarrollo hacia el dominio de sí mismo, el gobierno de sí mismo, la autonomía personal, de manera que ellos puedan asumir gradualmente la dirección y responsabilidad de la propia vida y destino, siendo, llegado el caso, audaces "creadores", pues es preciso marchar adelante con decisión. El ambiente educativo del Centro favorecerá la superación del egocentrismo natural y la apertura hacia los valores, hacia los demás; debe ser tal que permita la adecuada experiencia de las relaciones humanas comunitarias, de la corresponsabilidad, de la colaboración, del sentirse cómodo en el ambiente externo. Estrictamente ligada

a la experiencia comunitaria es la posibilidad real de una participación, corresponsabilidad y colaboración con la organización del Centro y en la dirección de su vida entera.

* * *

Si hemos de resumir la pedagogía de métodos para educar, infundir destinos, fomentar cualidades y virtudes, y, en definitiva, poner a cada cual en el camino de su madurez, explicitaremos los siguientes: la natural tendencia de la persona hacia la propia auto-realización y en alcanzar el estado de madurez, puede ser estimulada hacia el mundo de los valores, no tanto concentrando la acción (instrucción, exhortación, ejercicio) cuando ofreciendo a los educandos, a través de un sistema de auténticas relaciones interpersonales y mediante una estructura educativa adecuada, la posibilidad concreta de ponerse “experimentalmente” en contacto consigo mismo, con el prójimo en su propio ambiente, con el mundo de los valores, y de asumir progresivamente, en este contacto, un comportamiento adulto, una actividad madura, un “estilo”, “una puesta en sazón”, que, como decíamos al principio es “virtud” o integración de cuanto de valor hay en todo ser humano.

BIBLIOGRAFÍA

- V. IANKÉLÉVICH: *Traité des Vertus* (Paris, 1949).
- O. F. BOLLNOW: *Esencia y cambios de las virtudes* (Madrid, 1960).
- G. W. ALLPORT: *La personalidad, su configuración y desarrollo* (Buenos Aires, 1966) y sus diversas obras psicológicas, *Personality and Social Encounter; The individual and his Religion*, etc.
- R. HÜBERT: *Tratado de Pedagogía general* (Buenos Aires, 1957).
- C. R. ROGERS: *On Becoming a Person* (Boston, 1961).
- H. THOMAE: *Das Individuum und seine Welt* (Göttingen, 1968), y otras como *Dinámica de las decisiones humanas*.
- G. LUTTE: *Lo sviluppo della personalità* (Zurich, 1963).
- A. RONCO: *Personalità e educazione secondo G. W. Allport*, en "Orientamenti Pedagogici", 16 (1969), 770-800. Otros artículos en la misma revista, como: *La realidad biológica y psicológica de la sexualidad humana*, etc.
- A. PLÉ: *La maturità affettiva*, en "Supplement de la Vie Spirituelle", 46 (1958).
- M. PAGIS: *L'orientation non-directive en psychothérapie et en psychologie sociale* (Paris, 1965).
- E. MARCUS: *La participation et la responsabilité partagée*, en "Vocation", 246 (1969), 214-233.